

Emilia Pardo Bazán
La Tribuna



PRÓLOGO DE LA AUTORA A LA PRIMERA EDICIÓN

Lector indulgente: No quiero perder la buena costumbre de empezar mis novelas hablando contigo breves palabras. Más que nunca, debo sostenerla hoy, porque acerca de *La Tribuna* tengo varias advertencias que hacerte, y así caminarán juntos en este prólogo el gusto y la necesidad.

Si bien *La Tribuna* es en el fondo un estudio de costumbres locales, el andar entretajidos en su trama sucesos políticos tan recientes como la Revolución de Septiembre de 1868 me impulsó a situar la acción en lugares que pertenecen a aquella geografía moral de que habla el autor de las *Escenas montañosas*, y que todo novelista, chico o grande, tiene el indiscutible derecho a forjarse para su uso particular. Quien desee conocer el plano de Marineda, búsquelo en el atlas de mapas y planos privados donde se colecciona no solo el de Orbajosa, Villabermeja y Coteruco,¹ sino el de las ciudades de R***, de L*** y de X***, que abundan en las novelas románticas. Este privilegio concedido al novelista de crearse un mundo suyo propio permite más libre

1. Orbajosa, Villabermeja y Coteruco de la Rinconada son lugares ficticiales creados por Benito Pérez Galdós, Juan Valera y José María de Pereda, respectivamente.

inventiva y no se opone a que los elementos todos del microcosmos estén tomados, como es debido, de la realidad. Tal es el procedimiento que empleo en *La Tribuna*, y lo considero suficiente —si el ingenio me ayuda— para alcanzar la verosimilitud artística, el vigor analítico que infunde vida a una obra.

Al escribir *La Tribuna*, no quise hacer sátira política; la sátira es género que admito, sin poderlo cultivar; sirvo poco o nada para el caso. Pero así como niego la intención satírica, no sé encubrir que en este libro, casi a pesar mío, entra un propósito que puede llamarse *docente*. Baste a disculparlo el declarar que nació del espectáculo mismo de las cosas, y vino a mí, sin ser llamado, por su propio impulso. Al artista que solo aspiraba a retratar el aspecto pintoresco y característico de una *capa social* se le presentó, por añadidura, la moraleja, y sería tan sistemático rechazarla como haberla buscado.

Porque no necesité agrupar sucesos, ni violentar sus consecuencias, ni desviarme de la realidad concreta y positiva para tropezar con pruebas de que es absurdo el que un pueblo cifre sus esperanzas de redención y ventura en formas de gobierno que desconoce, y a las cuales por lo mismo atribuye prodigiosas virtudes y maravillosos efectos. Como la raza latina practica mucho este género de culto fetichista e idolátrico, opino que, si escritores de más talento que yo lo combatiesen, prestarían señalado servicio a la patria.

Y vamos a otra cosa. Tal vez no falte quien me acuse de haber pintado al pueblo con crudeza naturalista. Responderé que, si nuestro pueblo fuese igual al que describen

Goncourt y Zola, yo podría meditar profundamente en la conveniencia o inconveniencia de retratarlo; pero resuelta a ello, nunca seguiría la escuela idealista de Trueba y de la insigne Fernán, que riñe con mis principios artísticos. Lícito es callar, pero no fingir. Afortunadamente, el pueblo que copiamos los que vivimos del lado de acá del Pirineo no se parece todavía, en buena hora lo digamos, al del lado de allá. Sin dar en optimista, puedo afirmar que la parte de pueblo que vi de cerca cuando tracé estos estudios me sorprendió gratamente con las cualidades y virtudes que, a manera de agrestes renuevos de inculta planta, brotaban de él ante mis ojos. El método de análisis implacable que nos impone el arte moderno me ayudó a comprobar el calor de corazón, la generosidad viva, la caridad inagotable y fácil, la religiosidad sincera, el recto sentir que abunda en nuestro pueblo, mezclado con mil flaquezas, miserias y preocupaciones que a primera vista lo oscurecen. Ojalá pudiese yo, sin caer en falso idealismo, patentizar esta belleza recóndita.

No, los tipos del pueblo español en general, y de la costa cantábrica en particular, no son aún —salvas fenomenales excepciones— los que se describen con terrible verdad en *L'assommoir*, *Germinie Lacerteux* y otras obras, donde parece que el novelista nos descubre las abominaciones monstruosas de la Roma pagana, que, unidas a la barbarie más grosera, retoñan en el corazón de la Europa cristiana civilizada. Y ya que, por dicha nuestra, las faltas del pueblo que conocemos no rebasan de aquel límite a que raras veces deja de llegar la flaca decaída condición del hombre, pintémosle, si podemos, tal cual es, huyendo del *patriar-*

calismo de Trueba como del socialismo humano de Sue, y del método de cuantos, trocando los frenos, atribuyen a Calibán las seductoras gracias de Ariel.

En abono de *La Tribuna* quiero añadir que los maestros Galdós y Pereda abrieron camino a la licencia que me tomo de hacer hablar a mis personajes como realmente se habla en la región de donde los saqué. Pérez Galdós, admitiendo en su *Desheredada* el lenguaje de los barrios bajos; Pereda, sentenciando a muerte a las zagalejas de porcelana y a los pastorcillos de égloga, señalaron rumbos de los cuales no es permitido apartarse ya. Y si yo debiese a Dios las facultades de algunos de los ilustres narradores cuyo ejemplo invoco, ¡cuánto gozarías, oh, lector discreto, al dejar los trillados caminos de la retórica novelesca diaria para beber en el vivo manantial de las expresiones populares, incorrectas y desaliñadas, pero frescas, enérgicas y donosas!

Queda adiós, lector, y ojalá te merezca este libro la misma acogida que *Un viaje de novios*. Tu aplauso me sostendrá en la difícil vía de la observación, donde no todo son flores para un alma compasiva.

EMILIA PARDO BAZÁN

Granja de Meirás, octubre de 1882

I

BARQUILLOS

Comenzaba a amanecer, pero las primeras y vagas luces del alba a duras penas lograban colarse por las tortuosas curvas de la calle de los Castros, cuando el señor Rosendo, el barquillero que disfrutaba de más parroquia y popularidad en Marineda,² se asomó, abriéndose a bostezos, a la puerta de su mezquino cuarto bajo. Vestía el madrugador un desteñido pantalón grancé³ reliquia bélica, y estaba en mangas de camisa. Miró al poco cielo que blanqueaba por entre los tejados, y se volvió a su cocinilla, encendiendo un candil y colgándolo del estribadero de la chimenea. Trajo del portal un brazado de astillas de pino, y sobre la piedra del fogón las dispuso artísticamente en pirámide, cebada por su base con virutas, a fin de conseguir una hoguera intensa y llameante. Tornó del vasar un tarterón, en el cual vació cucuruchos de harina y azúcar, derramó

-
2. Nombre literario con el que Emilia Pardo Bazán denomina a A Coruña, cuya realidad topográfica plasma de forma inequívoca. Si bien la descripción de Marineda se inicia en *La Tribuna*, su perfil se irá completando en sus novelas *Doña Milagros*, *Memorias de un solterón* y *La piedra angular*, así como en *La dama joven* y otros cuentos, por ejemplo, *Cuentos de Marineda*.
 3. Color rojo que se le da a ciertos tejidos teñidos con raíz de rubia o granza.

agua, cascó huevos y espolvoreó canela. Terminadas estas operaciones preliminares, estremeciose de frío —porque la puerta había quedado de par en par, sin que en cerrarla pensase— y descargó en el tabique dos formidables puñadas.

Al punto salió rápidamente del dormitorio o cuchitril contigo una mozuela de hasta trece años, desgredada, con el incierto andar de quien acaba de despertarse bruscamente, sin más atavíos que una enagua de lienzo y un justillo de dril, que adhería a su busto, anguloso aún, la camisa de estopa. Ni miró la muchacha al señor Rosendo, ni le dio los buenos días; atontada con el sueño y herida por el fresco matinal, que le mordía la epidermis, fue a dejarse caer en una silleta, y mientras el barquillero encendía estrepitosamente fósforos y los aplicaba a las virutas, la chiquilla se puso a frotar con una piel de gamuza el enorme cañuto de hojalata donde se almacenaban los barquillos.

Instalose el señor Rosendo en su alto trípode de madera, ante la llama chisporroteadora y crepitante ya, y metiendo en el fuego las magnas tenazas, dio principio a la operación. Tenía a su derecha el barreño del amohado,⁴ en el cual mojaba el cargador, especie de palillo grueso, y extendiendo una leve capa de líquido sobre la cara interior de los candentes hierros, apresurábase a envolverla en el molde con su dedo pulgar, que, a fuerza de repetir este acto, se había convertido en una callosidad tostada, sin uña, sin yema y sin forma casi. Los barquillos, dorados y

4. *Amoadado* (que es la grafía correcta) es una masa líquida preparada con agua o leche, huevos, harina y azúcar o miel, utilizada para hacer las famosas *filloas* ('tortitas') y, en este caso, para los barquillos.

tibios, caían en el regazo de la muchacha, que los iba introduciendo unos en otros a guisa de tubos de catajeo, y colocándolos simétricamente en el fondo del cañuto, labor que se ejecutaba en silencio, sin que se oyese más rumor que el crujir de la leña, el rítmico chirrido de las tenazas al abrir y cerrar sus fauces de hierro, el seco choque de los crocantes barquillos al tropezarse y el silbo del amohado al evaporar su humedad sobre la ardiente placa. La luz del candil y los reflejos de la lumbre arrancaban destellos a la hojalata limpia, al barro vidriado de las cazuelas del vasar, y la temperatura se suavizaba, se elevaba, hasta el extremo de que el señor Rosendo se quitase la gorra con visera de hule, descubriendo la calva sudorosa, y la niña echase atrás, con el dorso de la mano, sus indómitas guedejas,⁵ que la sofocaban.

Entre tanto, el sol, campante ya en los cielos, se empeñaba en cerner alguna claridad al través de los vidrios verdosos y puercos del ventanillo que tenía obligación de alumbrar la cocina. Sacudía el sueño la calle de los Castros, y mujeres en trenza y en cabello, cuando no en refajo y chancletas, pasaban apresuradas, cual en busca de agua, cual a comprar provisiones a los vecinos mercados; oíanse llantos de chiquillos, ladridos de perros; una gallina cloqueó; el canario de la barbería de enfrente redobló trinando como un loco. De tiempo en tiempo, la niña del barquillero lanzaba codiciosas ojeadas a la calle. ¡Cuándo sería Dios servido de disponer que ella abandonase la dura silla y pudiese asomarse a la puerta, que no es mucho

5. Mechones del cabello.

pedir! Pronto darían las nueve, y de los seis mil barquillos que admitía la caja solo estaban hechos cuatro mil y pico. Y la muchacha se desperezó maquinalmente. Es que desde algunos meses acá bien poco le lucía el trabajo a su padre. Antes despachaba más.

El que viese aquellos cañutos dorados, ligeros y delez-nables como las ilusiones de la niñez, no podía figurarse el trabajo ímprobo que representaba su elaboración. Mejor sería manejar la azada o el pico que abrir y cerrar sin tregua las tenazas abrasadoras, que, además de quemar los dedos, la mano y el brazo, cansaban dolorosamente los músculos del hombro y del cuello. La mirada, siempre fija en la llama, se fatigaba; la vista disminuía; el espinazo, encorvado de continuo, llevaba, a puros esguinces, la cuenta de los barquillos que salían del molde. ¡Y ningún día de descanso! No pueden los barquillos hacerse de víspera; si han de gustar a la gente menuda y golosa, conviene que sean fresquitos. Un nada de humedad los reblandece. Es preciso pasarse la mañana, y a veces la noche, en fabricarlos; la tarde, en vocearlos y venderlos. En verano, si la estación es buena y se despacha mucho y se saca pingüe jornal, también hay que estarse las horas caniculares, las horas perezosas, derritiendo el alma sobre aquel fuego, sudando el quilo,⁶ preparando provisión doble de barquillos para la venta pública y para los cafés. Y no era que el señor Rosendo estuviese mal con su oficio; nada de eso; artistas habría orgullosos de su destreza, pero tanto como él, ninguno. Por más que los años lo iban venciendo, aún se jactaba de llenar en menos tiempo

6. Trabajando con gran fatiga y desvelo.

que nadie el tubo de hojalata. No ignoraba primor alguno de los concernientes a su profesión: barquillos anchos y finos como seda para rellenar de huevos hilados, barquillos recios y estrechos para el agua de limón y el sorbete, hostias para las confiterías –y no las hacía para las iglesias por falta de molde que tuviese una cruz–, flores, hojuelas y orejas de fraile⁷ en Carnaval, buñuelos en todo tiempo... Pero nunca lo tenía de lucir estas habilidades accesorias, porque los barquillos de diario eran absorbentes. ¡Bah! En consiguiendo vivir y mantener la familia...

A las nueve muy largas, cuando cerca de cinco mil barquillos reposaban en el tubo, todavía el padre y la hija no habían cruzado palabra. Montones de brasas y cenizas rodeaban la hoguera, renovada dos o tres veces. La niña suspiraba de calor, el viejo sacudía frecuentemente la mano derecha, medio asada ya. Por fin, la muchacha profirió:

–Tengo hambre.

Volvió el padre la cabeza, y con expresivo arqueamiento de cejas indicó un anaquel del vasar. Encaramose la chiquilla, trepando sobre la artesa, y bajó un mediano trozo de pan de mixtura en el cual hincó el diente con buen ánimo. Aún rebuscaba en su falda las migajas sobrantes para aprovecharlas cuando se oyeron crujidos de catre, carraspeos, los ruidos característicos del despertar de una persona, y una voz, entre quejumbrosa y despótica, llamó desde la alcoba cercana al portal:

–¡Amparo!

7. Dulces a base de harina, huevos y leche, típicos del Carnaval en diversas zonas de la geografía española.

Se levantó la niña y acudió al llamamiento, resonando de allí a poco rato su hablar.

—Afíñcese, señora..., así..., cárguese más..., aguarde, que le voy a batir ese jergón... —Y aquí se escuchó una gran sinfonía de hojas de maíz, un sirrissch... prolongado y armonioso.

La voz quejumbrosa dijo opacamente algo, y la infantil contestó:

—Ya la voy a poner a la lumbre ahora mismo... ¿Tendrá por ahí el azúcar?

Y respondiendo a una interpelación altamente ofensiva para su dignidad, gritó la chiquilla:

—Piensa que... ¡Aunque fuera oro puro! Lo escondería usted misma... Ahí está, detrás de la funda... ¿Lo ve?

Salió con una escudilla desportillada en la mano, llena de morena melaza, y arrimando al fuego un pucherito donde estaba ya la cascarilla, le añadió en debidas proporciones azúcar y leche, y volvióse al cuarto del portal con una taza humeante y colmada a reverter. En el fondo del cacharro quedaba como cosa de otra taza. El barquillero se enderezó, llevándose las manos a la región lumbar, y sobriamente, sin concupiscencia, se desayunó bebiendo las sobras por el puchero mismo. Enjugó después su frente, regada de sudor, con las mangas de la camisa, entró a su vez en el cuarto próximo, y al volver a presentarse, vestido con pantalón y chaqueta de paño pardo, se terció a las espaldas la caja de hojalata y se echó a la calle. Amparo, cubriendo la brasa con ceniza, juntaba en una cazuela berzas, patatas, una corteza de tocino y un hueso rancio de cerdo, cumpliendo el deber de preparar el caldo del humilde menaje. Así que todo

estuvo arreglado, metiose en el cuchitril, donde consagró a su aliño personal seis minutos y medio, repartidos como sigue: un minuto para calzarse los zapatos de becerro, pues todavía estaba descalza; dos para echarse un refajo de bayeta⁸ y un vestido de tartán; un minuto para pasarse la punta de un paño húmedo por ojos y boca (más allá no alcanzó el aseo); dos minutos para escardar con un peine desdentado la revuelta y rizosa crencha,⁹ y medio para tocarse al cuello un pañolito de indiana...¹⁰ Hecho lo cual, se presentó, más oronda que una princesa, a la persona encamada a quien había llevado el desayuno. Era esta una mujer de edad madura, agujereada como una espumadera por las viruelas, chata de frente, de ojos chicos. Viendo a la chiquilla vestida, se escandalizó:

—¿Adónde iría ahora semejante vagabunda?

—A misa, señora, que es domingo... ¿Qué volver con noche ni con coche? Siempre vine con día, siempre... ¡Una vez de cada mil! Queda el caldo preparadito al fuego... Vaya, abur.

Y se lanzó a la calle con la impetuosidad y brío de un cohete bien disparado.

8. Falda exterior realizada con tela de lana floja usada por las mujeres sobre una enagua o combinación, de uso habitual en muchos de los trajes regionales femeninos de España.

9. Raya del pelo.

10. Pañuelo realizado en tela de algodón o lino, o de ambas, pintada solo por una de sus caras.